Nieto Hernández, Rubén. “La exhacienda de Santa Ana, su valor histórico y simbólico para la comunidad del Centro Universitario UAEM Tenancingo”. Identidad Universitaria, México, UAEM, año 1, número 18, julio-septiembre 2022, pp. 14-17, e-ISSN 2448-7651.

La exhacienda de **Santa Ana**
su valor histórico y simbólico para la comunidad del **Centro Universitario UAEM Tenancingo**

Nieto Hernández, Rubén. Doctor en Estudios Mesoamericanos por la UNAM. Cronista y profesor de tiempo completo del Centro Universitario UAEM Tenancingo; miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Resumen:

El documento que aquí se presenta, es el resultado de un proceso de investigación que a la fecha ha cumplido casi dos décadas y se ha enfocado en la urgente labor de rescatar la historia universitaria, particularmente la de la exhacienda de Santa Ana, un escenario que resguarda en cada rincón la vida de actores pasados, quienes pertenecieron a esferas opuestas de la vida de México y escenificaron dramas sociales cuyos desenlaces han configurado la historia local y regional.



Fotografías "EL CUT, símbolo de identidad" de María Guadalupe Castro Galicia participante en el Segundo Concurso de Fotografía sobre Identidad Universitaria 2022.

Desde el inicio de los trabajos para el registro de datos sobre la exhacienda, surgieron múltiples preguntas sobre su origen, propietarios, sus principales actividades, el uso de los espacios y en especial los episodios de la historia local y nacional que se vivieron intensamente. Se requería así mismo aclarar, hasta dónde la información lo permitiera, los aspectos relacionados con la configuración original del edificio histórico e identificar los principales cambios que experimentó.

El primer paso para la reconstrucción de la historia de la exhacienda se enfocó en la recuperación de la escasa información en archivos documentales (municipal, estatal y federal): Archivo General de la Nación, Registro Público de la Propiedad, Archivo General de Notarias, Archivo Histórico del Estado de México y Archivo Histórico del Agua, entre otros. Como se pudo comprobar, la mayor parte de la información de archivos lamentablemente se extravió debido al desinterés de autoridades de los tres órdenes de gobierno. La alternativa fue trabajar en la recuperación de la tradición oral de los habitantes originarios de la cabecera municipal de Tenancingo y de la comunidad de Santa Ana Ixtlahuatzingo. Estas personas son poseedoras de relatos y experiencias que forman parte de su propia historia y delinean su identidad. Entre los principales informantes destaca la Sra. Elvira Osorio (†), el Sr. Pedro Balcázar Garduño, la Sra. Celia Velázquez Velázquez, los Señores Delfino y Estanislao Alcántara Sánchez y el Profr. José Miguel Estrada Jaime, este último trabajó en la hacienda cuando se encontraba bajo la custodia del Departamento de Agricultura y Ganadería del Estado de México, durante la gestión del Gobernador Juan Fernández Albarrán [1].

1. Se contó con el apoyo del Dr. Luis Barba, del Dr. Jorge Blancas y del Dr. Agustín Ortíz especialistas en Prospección Geofísica del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Se agradece al Dr. Luis Miguel Vázquez (CU Tenancingo), al Profr. Miguel Estrada Jaime, al Sr. Marcelino Montero (†), al Prof. Héctor Palacios (†), al Lic. Sergio Oscos, al Arq. Javier Saldaña y a todos aquellos compañeros que de un modo u otro valoran la importancia de conocer la historia de la exhacienda de Santa Ana. Por supuesto, se hace patente el agradecimiento a la Universidad Autónoma del Estado de México por el apoyo para publicar el documento electrónico titulado Recuento histórico de la Hacienda de Santa Ana, Tenancingo de la autoría de quien suscribe el presente y que constituye el principal referente del capítulo que aquí se entrega. La obra puede ser consultada en el Repositorio Institucional de la UAEMEX (http://hdl.handle.net/20.500.11799/95079.

Nieto Hernández, Rubén. “La exhacienda de Santa Ana, su valor histórico y simbólico para la comunidad del Centro Universitario UAEM Tenancingo”. Identidad Universitaria, México, UAEM, año 1, número 18, julio-septiembre 2022, pp. 14-17, e-ISSN 2448-7651.

Las haciendas de México: su papel en el desarrollo histórico nacional

Una vez consumado el reparto del nuevo mundo para todos aquellos que participaron en la conquista en el siglo XVI, se instrumentó un mecanismo que buscaba asegurar el control de las poblaciones originarias y sus tierras. De este modo, se crean las haciendas, diseñadas para operar como unidades de producción esenciales para el sostenimiento de una clase privilegiada dueña de los medios de producción. Como lo demuestra la historia nacional, representaban la materialización de las contradicciones sociales que durante siglos establecieron una profunda división entre los poderosos y la siempre oprimida clase trabajadora que con su vida construyó espacios generadores de riqueza[2]. Estas unidades productivas son consideradas parte fundamental de las estrategias instrumentadas para la colonización del nuevo mundo[3].

En el sur del estado de México, hacia finales del siglo XIX y los inicios del siglo XX, representaban unidades económicas de la actividad agrícola, que influyeron de manera significativa en el desarrollo estatal y nacional [4]. En la región de Tenancingo existían al menos 10 haciendas que conformaban unidades productivas que empleaban a los habitantes de las localidades vecinas, aunque no en las mejores condiciones. Éstas se ubicaron en puntos estratégicos, cerca de las rutas de comunicación entre la región de tierra caliente y el centro de México y constituyeron el motor de desarrollo económico que las posicionaba en uno de los primeros lugares a nivel estatal[5]. Sus elevados niveles de productividad se explican en gran medida por un eficiente mecanismo de explotación agrícola que se valía de relaciones de dependencia salarial[6]. Como podrá suponerse, los trabajadores (peones acasillados) tenían la posición más desventajosa[7], pues debían someterse a las decisiones de los propietarios de los medios de producción y en múltiples ocasiones al uso de la fuerza. La mayor parte de la producción de las haciendas cerealeras como la de Santa Ana, estaba destinada a los mercados de las grandes ciudades, aunque abastecían en gran medida a los consumidores locales.

Muchas de las haciendas contaban con molinos de trigo que requerían de un complejo mecanismo y abundante agua para activar el proceso de molienda. Por tal motivo, se encontraban muy cerca de fuentes de agua. Se recurría también al empleo de animales de trabajo y de tiro, además de corrales y personal que los atendiera en forma permanente. La configuración de las haciendas comprendía la casona donde habitaban los hacendados que, por lo general, estaba asociada a la capilla en que se realizaban los servicios religiosos[8]. Contaban además con espacios para el almacenamiento de las semillas (trigo, maíz), además de los corrales para el ganado. De este último, sobrevive únicamente el bebedero de los animales que se abastecía de los canales localizados en la huerta de la hacienda. En la actualidad se emplea como jardinera, mudo testigo de la historia de la hacienda.

La elevada producción agrícola de la hacienda de Santa Ana redituaba grandes ganancias a sus propietarios, quienes disfrutaban de lujos y en general de una vida que contrastaba con la pobreza extrema que experimentaban los peones acasillados, la población de Tenancingo y sus comunidades aledañas. De este tiempo de bonanza sobreviven relatos en el imaginario popular que a la fecha causan el asombro de quienes los escuchan:

> … A la hacienda de Santa Ana iban puros ricachones, puros millonadas de aquel entonces, decía mi mamá, […] ahí llegaban para las rayas de los trabajadores […] Mi papá, el día sábado, me platicaba que se iba a la hacienda a ayudarle a mi tío, porque ya había muerto su papá, a rayar a los trabajadores, decía que llevaban mucho dinero en chiquihuites, fíjese como habría de dinero”[9].



La Hacienda de Santa Ana en la década de los años 20 del pasado siglo XX. Imagen cortesía del Lic. Sergio Oscos.

2. La Hacienda se define como “una propiedad agrícola operada por un terrateniente que dirige una fuerza de trabajo que le está supeditada, organizada para aprovisionar un mercado de pequeña escala con capital pequeño, y donde los factores de la producción se emplean no sólo para la acumulación del capital sino también para sustentar las aspiraciones del estatus del propietario” Wolf, Eric R., y Sidney Mintz, “Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas”, en Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina, Siglo XIC, CLACSO, Editor Eric Wolf, México, 1975, p. 493.
3. Nierman Ptak, Daniel y Ernesto H. Vallejo Díaz. La Hacienda en México. Universidad Iberoamericana, México, 1989, p. 4.
4. García Luna, Margarita. Haciendas Porfiristas en el Estado de México. UAEM, México, 1981.
5. Castro Domingo. Chayotes, burros y machetes, El Colegio Mexiquense, A. C.. Zinacantepec, Estado de México. 2003, p. 76.
6. Gilly, Adolfo. La Revolución interrumpida. Ediciones “El Caballito”, México, D. F., 1972
7. Von Wobeser. La formación de la hacienda en la época colonial. El uso de la tierra y el agua. UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1989. p. 73.
8. Von Wobeser Op. Cit. p. 73.
9. Sra. Consuelito Balcázar Garduño (†), en Castro Domingo, Op. Cit. (2001).

Esta obra forma parte del acervo de la Hemeroteca Digital UAEM: http://revistaidentidad.uaemex.mx/

Nieto Hernández, Rubén. “La exhacienda de Santa Ana, su valor histórico y simbólico para la comunidad del Centro Universitario UAEM Tenancingo”. Identidad Universitaria, México, UAEM, año 1, número 18, julio-septiembre 2022, pp. 14-17, e-ISSN 2448-7651.

Algunos datos de la legendaria Hacienda de Santa Ana

La Hacienda de Santa Ana no funcionaba de la misma forma que otras de la región y del país, ya que contaba con una tienda de raya que operaba como una especie de “centro comercial” donde no sólo se vendían productos de primera necesidad para los peones acasillados y sus familias (maíz, frijol, aguardiente, telas burdas,etcétera), se comercializaban también mercancías destinadas a las familias acaudaladas de Tenancingo[10].

> … “la tenían afuera de la reja (la Tiende de raya), era para los piones, la atendía mi abuela, que se llamaba Concepción Catalán Garduño. La tienda grande la tenían en el portal Pichardo, dónde ahora está el Banamex, allí llevaban las piezas de manta[11].

Esto se explica en parte debido a la elevada producción agrícola de la hacienda, que reditуaba grandes ganancias. De este tiempo de bonanza sobreviven relatos en el imaginario popular que relatan la existencia de tesoros enterrados que esperan a quien no se ve atraído por la ambición para encontrarlos. Estas historias han provocado que buscadores de tesoros, ocasionaran graves daños a gran parte del casco histórico, ocasionando con ello cambios en la estructura original.

Sobre el año de construcción aún no se cuenta con datos precisos, aunque se piensa que podría haberse edificado a principios del siglo XVII, época que corresponde con el repartimiento de tierras y pueblos de la región que realizó la corona española. Se deberá continuar con la búsqueda de información para ubicar su origen.

Sobre los propietarios que ostentaron la hacienda, resulta interesante señalar que en el Archivo General de la Nación, se obtuvo información que da cuenta uno de los primeros. Se trata del banquero suizo Jean Baptiste Jecker, personaje oscuro de la historia nacional a quien se reconoce como uno de los agiotistas que adquirió de manera fraudulenta bonos de deuda del gobierno mexicano, en una de las tantas crisis que el país ha experimentado a lo largo de su historia. Martín Reyes Vayssade califica al Sr. Baptiste como uno de los responsables de fraguar préstamos financieros que motivaron la intervención francesa en México (1861 – 1867)[12]. En el mismo archivo se localizó además información de otro personaje muy importante que también fue propietario de la hacienda de Santa Ana. Se trata del Ing. Alberto García Granados, quien desempeñó el cargo de Secretario de Gobernación durante el gobierno Gral. Victoriano Huerta, quien ocupó la presidencia de la República. Al Ing. García Granados se le culpa de haber sido el autor intelectual del asesinato del presidente Francisco I. Madero y su vicepresidente José María Pino Suárez el 22 de febrero de 1913 en la bien conocida “Decena trágica”. A este personaje se le atribuye la frase “la bala que mate a Madero salvará al país” que al parecer encendió los ánimos para el magnicidio que estremeció al país. Una vez juzgado por su participación en el asesinato de Madero se le dictó la pena capital y fue fusilado el 10 de octubre de 1915. Al parecer, fue un ardid del General Huerta que se libró del magnicidio y puso al Ing Garcia Granados como chivo expiatorio. Sin duda un hecho que pasará a la historia sin que haya sido resuelto.

Tiempo más tarde, el 24 de octubre de 1889, la propiedad fue vendida al Sr. Miguel Izquierdo, vecino y comerciante de Tenancingo a un precio de $ 20,000.00 (veinte mil pesos). La superficie adquirida era de poco más de 294 hectáreas que incluían el “Molino de la Luz” y la Fábrica de Hilados y Tejidos “La Guadalupe”. Habrían de pasar algunos años para que la situación de pobreza y explotación de la clase trabajadora del país desencadenara uno de los movimientos sociales más importantes de la historia nacional. Los levantamientos armados se propagaron como reguero de pólvora en todo el país y el sur del Estado de México no fue la excepción. Se sabe de las constantes incursiones del ejército zapatista en los municipios de Mallinalco, Tenancingo, Zumpahuacán y Villa Guerrero, entre otros. Ea así que en el mes de septiembre de 1915, la tensión prevaleciente obligó a la familia Izquierdo a vender la hacienda al Sr. José Cotero, un militar que aprovechó la coyuntura para comprar a un precio muy bajo. A este personaje se le recuerda por promover la celebración del carnaval, festejo que reunía a los habitantes de Tenancingo y la vecina población de Santa Ana Ixtlahuatzingo hasta la lamentable división motivada por el control del agua. Aunque también se describe a José Cotero como un hombre muy malo y que por ello, después de su muerte su alma no puede descansar. Se afirma que aún se escucha el galope de su caballo en los alrededores de la hacienda[13].

Una vez ocurrido el fallecimiento de José Cotero, la propiedad fue heredada a su mamá, la Sra. Bárbara Iglesias de Cotero quien enfrentó problemas para el sostenimiento de la propiedad y la afectación ocasionada por el reparto agrario que ordenó el gobierno en 1929. Muy decepcionada de la pérdida de más de la mitad de la propiedad, decide vender fracciones que incluyeron el caso de la hacienda a personajes como Mardonio Rodríguez Trujillo[14]. Después de varias décadas de abandono, la hacienda fue adquirida por el Gobierno del Estado de México como parte de un programa que buscaba rescatar numerosas propiedades, entre haciendas y ranchos, en los que se pusieron en marcha proyectos productivos[15]. El gobernador de ese entonces era el Profr. Carlos Hank González (1969 - 1975), quien fue asistido por su Secretario de Gobierno, el Lic. Ignacio Pichardo Pagaza. En el lugar se promovió un proyecto que buscaba detonar la actividad agrícola, específicamente de diversas variedades de frutas como el durazno, pera, nogal, persimón, níspero japonés, almendro, chabacano, ciruela, frambuesa, zarzamora y membrillo. aguacate de diversas clases (Haas, Puebla, Baicon fuerte y Rincón), donde se pretendía aprovechar las condiciones biofísicas ideales de la región y diversificar los cultivos que, para ese momento, se concentraban en las flores[16]. Otras instancias que ocuparon el casco de la hacienda y las tierras fueron el Instituto de Capacitación del Gobierno del Estado de México y la Comisión Nacional de Fruticultura.

10. Castro Domingo Op. cit.
11. Visita del Sr. Pedro Balcázar Garduño a la hacienda de Santa Ana quien identificó algunos de los lugares y sus diferentes usos.
12. (AGN – Galería Núm. 4, Ramo de Tierras, 1791- 1796, vol 3558).
13. Entrevista con la Sra. Celia Velázquez Velázquez, vecina de Santa Ana Ixtlahuatzingo.
14. Testimonio de la escritura número 10784, “pasada en la Ciudad de México” ante el licenciado Agustín Santamaría, Notario Público num. 34, fechado el 4 de abril de 1934.
15. La superficie total adquirida por el Gobierno del Estado de México ascendía a 154 hectáreas, ochenta y cinco áreas. El precio pagado fue de $ 1,250,000.00 (un millón doscientos cincuenta mil pesos 00/100, M. N.)
16. La propiedad se registró como donación a nombre de CODAGEM, que coordinaba el desarrollo de proyectos agrícolas.

Nieto Hernández, Rubén. "La exhacienda de Santa Ana, su valor histórico y simbólico para la comunidad del Centro Universitario UAEM Tenancingo". Identidad Universitaria, México, UAEM, año 1, número 18, julio-septiembre 2022, pp. 14-17, e-ISSN 2448-7651.

En el año de 2003, el inmueble finalmente fue cedido en comodato por 99 años a la Universidad Autónoma del Estado de México para albergar a la Unidad Académica Profesional Tenancingo, hoy Centro Universitario UAEM Tenancingo, que hizo posible que los jóvenes de esta región alcancen el sueño de ser profesionistas que apoyen a la economía familiar y a impulsar el desarrollo integral de los municipios y su población. Estamos convencidos que la decisión tomada por el Gobierno del Estado de México garantiza el respeto a un escenario que experimentó múltiples sucesos que forman parte de la historia del sur de la entidad. Cabe señalar que poco tiempo después, se resolvió concretar la donación definitiva en favor de la Universidad Autónoma del Estado de México.

El inicio de las actividades en el año de 2003, no fue nada sencillo. Se debieron enfrentar problemas debido a la reducción del presupuesto a la UAEM, sin embargo la buena gestion de las autoridades universitarias encabezadas por el Dr. Rafael López Castañares, lograron poner en marcha un programa de habilitación de los espacios para la docencia, investigación, difusión y extensión, consideradas funciones esenciales de la universidad. Fue necesario realizar trabajos de remodelación en las diferentes áreas que estuvieron abandonadas por años. Esta misión se le encomendó a la Dra. Aurora López cuyos buenos oficios permitieron el inicio formal de las actividades el 17 de septiembre de 2003.

Actualmente se imparten cinco programas académicos de licenciatura (Arqueología, Ingeniero Agrónomo en Floricultura, Gastronomía, Relaciones Económicas Internacionales y Turismo) y un Posgrado de Maestria y Doctorado en Ciencias Agrícolas y Recursos Naturales, con una población estudiantil que asciende a cerca de mil alumnos. Todos ellos reconocen el enorme privilegio de estudiar en un espacio que guarda en sus paredes los recuerdos de actores que habitaron y trabajaron a lo largo de varios siglos. El relativamente nuevo espacio se erige como el símbolo que fortalece la identidad de la comunidad del Centro Universitario UAEM Tenancingo.

El día que el monstruo de la tierra se sacudió

Como espacio histórico, se observa que la hacienda ha sufrido severos cambios en su estructura original, por lo que la imagen que actualmente se observa, dista significativamente de la que tuvo a principios del siglo XX. Como muchos de los edificios de la época, casona y capilla integraban el casco principal. Originamente todo fue construido en adobe y mampostería de piedra brasa. Las cubiertas estaban construidas con viguería, tabla, terrado y teja que con el paso del tiempo se deterioraron y fueron intervenidos de forma incorrecta. Se agregaron elementos de concreto y acero que no son congruentes con el sistema constructivo tradicional. Como se podrá suponer, al tratarse de materiales que no son adecuados para una estructura construida con técnicas y materiales tradicionales, se suscitan fallas ocasionadas por eventos como el sismo del 19 de septiembre de 2017.

El edificio histórico que, hasta la fatídica fecha albergaba oficinas, laboratorios, salas de trabajo para académicos y alumnos, se sacudió violentamente por largos segundos que parecieron una eternidad. Hay quienes describieron el sismo como si una gran serpiente recorriera el subsuelo provocando con ello la devastación de numerosos edificios. El legendario casco de la hacienda, nuestra gran fortaleza y orgullo universitario, pareció sucumbir ante un evento de la naturaleza que nos mostró lo insignificante que es el ser humano. Los aparatosos daños que experimentó el conjunto integrado por el casco histórico, la capilla y en un menor grado el Hotel – escuela y oficinas, hacían pensar que no sería posible su rescate y conservación. Se llegó a expresar públicamente que se harían las gestiones para proceder a la demolición. Afortunadamente eso no fue autorizado y se tenía la certeza de que la recuperación resultaba factible a partir de una intervención especializada. Se espera que en el corto plazo el inmueble histórico recobre el esplendor que ha maravillado a todos aquellos que la conocieron antes del sismo de 2017.

> Contemplo aun incrédulo las heridas que el monstruo de la tierra ha infligido a tus poderosos muros. Desde el primer encuentro con tu monumental presencia, estaba convencido que te mantendrías intacto como lo habías hecho desde siglos atrás.
>
> Lograste resistir los más dramáticos episodios de la historia nacional, desde las confrontaciones del movimiento armado revolucionario de 1910, donde ni siquiera los cañones y metrallas que hicieron blanco en tus paredes, habían logrado mermar tu extraordinaria fortaleza.
>
> Décadas más tarde, durante la guerra cristera, etapa histórica en la que el pueblo mexicano defendió su fe, sufriste el cierre forzado de las puertas de la capilla de Nuestra Señora Santa Ana (Madre de la Virgen María).
>
> Ya en tiempos modernos, soportaste la despiadada agresión a tus entrañas provocada por quienes veían en ti sólo a una vieja ruina en la que afanosamente buscaban míticos tesoros.
>
> Después de años de abandono y de inmisericordes agresiones a tus legendarios espacios, una luz cambió tu destino, se crea en principio la Unidad Académica Profesional UAEM Tenancingo, donde comenzó a escribirse un nuevo rumbo que, esperamos continúe por mucho tiempo. (Rubén Nieto, 2018).

El recorrido realizado representa sólo una pequeña parte de una historia mucho más amplia que requiere de una labor permanente de recuperación. Se trata sin duda de un escenario en el que operan las identidades colectivas, donde expresiones, relatos y narrativas se tejen a partir de procesos sociales e históricos que en conjunto legitiman las formas de vida y establecen referentes para la acción[17]. Este punto constituye una brecha de investigación fresca para reconocer procesos de resistencia que marcaron la historia de la región sur del Estado de México.



Fotografía del edificio principal del CU UAEM Tenancingo dañado por el sismo. Rubén Nieto Hernández.

17. Turner, Víctor. Schism and Continuity in an African Society. A study of Ndembu village life. Manchester: Manchester University Press, 1957.

Esta obra forma parte del acervo de la Hemeroteca Digital UAEM: http://revistaidentidad.uaemex.mx/